

LA ESPIRITUALIDAD DE LA SANGRE Y MISIÓN EN DEFENSA DE NUESTRA CASA COMÚN.

Por: *P. Dionicio Alberca G., C.PP.S¹*

INTRODUCCIÓN

El presente simposio se realiza en continuidad con el que se realizó en Lima, del 1 al 5 de febrero de 1999, sobre “la Reconciliación por la Sangre de Cristo, en tiempo de violencia, en un mundo pluricultural”. Y tiene por finalidad: contribuir a la reflexión y al compromiso en defensa de nuestra casa común, la Tierra (la *Pachamama, en Kechua*), como espacio de vida para todos.

Se trata de despertar la conciencia sobre la responsabilidad de todos y todas en la promoción y defensa de la vida; la misma que está siendo amenazada y violada de muchas formas. Para tal efecto, tenemos un recurso formidable y pertinente como es la Espiritualidad de la Sangre, que es fuente de vida, de comunión, de nueva alianza, de reconciliación, de cruz y de eucaristía.

En esta ocasión me corresponde colocar el telón de fondo en el cual se enmarcarán los demás temas del Simposio. Los otros expositores abordarán matices más precisos sobre el tema que nos convoca.

Para situarnos en el tema, es pertinente partir de la situación actual de nuestra Casa Común. Preguntarnos sobre cuáles son, actualmente, los dolores de parto, los sufrimientos, los clamores de la Creación (cf. Rm 8,22). Luego, trataremos de juzgar e iluminar dicha situación desde la Espiritualidad de la Sangre de Cristo. Será una forma de contrastar la realidad ecológica con el evangelio de la Sangre. Necesariamente esta confrontación tiene que llevarnos a asumir compromisos o líneas de acción.

Tenemos que descubrir desde la Espiritualidad de la Sangre, la motivación para el compromiso de cuidar la Creación. ¿Cómo evangelizar para el cuidado de la Creación? ¿Cómo educar para un uso responsable de los bienes de la Creación? ¿Cómo respetar las diversas formas de vida (*bio-diversidad*) que Dios ha creado para todos? Éstas son sólo algunas preguntas y retos que nos corresponde responder, aunque, la pregunta crucial es: *¿Nos preocupa, realmente, la ecología?* Ésta es un signo de los tiempos, un grito de la sangre al que tenemos que responder. Es una situación que exige de nosotros una nueva sensibilidad, una nueva manera de relacionarnos con Dios, con los demás, con nosotros mismos y con la Creación.

I. ¿QUÉ ESTÁ PASANDO CON NUESTRA CASA COMÚN?

¹ El Padre Dionicio Alberca G., C.PP.S es miembro de la Congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre. Es profesor de teología bíblica en el Instituto Superior de Estudios Teológicos “Juan XXIII” de Lima- Perú.

Nuestro mundo actual, entendido como una aldea global, está marcado por muchas crisis ecológicas y ambientales. Vale decir, la tierra está enferma y constantemente amenazada por el ser humano.

Una primera constatación es la contaminación del medio ambiente: polución del aire (efecto del calentamiento global y de las lluvias ácidas, etc.), contaminación química de las aguas mediante los residuos industriales y aguas hervidas no tratadas. Actualmente, la lucha por el agua es un tema capaz de generar conflictos y hasta guerras, porque, ya sabemos que un tercio de la población mundial no tiene acceso al agua potable. “Las aguas están siendo tratadas como si fueran una mercancía negociable por las empresas, además de haber sido transformadas en un bien disputado por las grandes potencias. Un ejemplo muy importante de esta situación es la Amazonía” (DA, 84), compartida por varios países latinoamericanos.

Otro problema muy serio lo constituyen los cambios climáticos provocados por la explotación abusiva del ecosistema que hacen los seres humanos; por ejemplo, la deforestación de bosques y selvas en beneficio de grandes proyectos industriales que en forma salvaje y descontrolada terminan alterando el equilibrio climático² y contaminando el ambiente con toda clase de desechos orgánicos y químicos. Por otro lado, tenemos que alertar a las industrias extractivas de recursos que cuando no proceden a controlar y contrarrestar sus efectos dañinos sobre el ambiente circundante, producen la eliminación de bosques; que sumándose a la contaminación del agua convierten las zonas explotadas en inmensos desiertos (cf. DA, 473).

La cuestión de la dificultad habitacional también es un problema muy serio, el cual es tratado con mucha resistencia y restricción, dada su complejidad. Actualmente somos más de seis billones de seres humanos habitando conflictivamente en la casa común. El índice de crecimiento es elevado y preocupante frente al hecho de que los recursos naturales son limitados y el acceso a ellos cada vez se hace más dificultoso. Por ejemplo la desertificación trae como consecuencia que haya menos áreas para el cultivo de alimentos, necesiándose así de un sustancial incremento de productos químicos para que podamos producir los alimentos indispensables para calmar el hambre de las grandes masas humanas³.

No es menos grave el problema de los bio-combustibles. Está comprobado que es una energía limpia en su uso, pero no en su producción. Según sabemos: es hasta nueve veces más contaminante la producción de los bio-combustibles. Implica también optar por el monocultivo y acabar con la biodiversidad. ¿Qué va a pasar con nuestros países latinoamericanos que son ricos en biodiversidad? Se sabe que los bio-combustibles requieren de un impresionante consumo de agua. Y, así, vendrá inevitablemente el *estrés hídrico*. Sería mucho más eficaz la reforestación que los bio-combustibles. Muchos gobiernos y empresas quieren cambiar la matriz energética, pero no quieren cambiar el consumo. De esta manera surge un gran desafío: ¿producir calorías de petróleo y de gasolina o producir calorías de papas, verduras y carnes para los seres humanos?

² Cf. Aroldo Reimer, “Espiritualidad ecológica en los Salmos”, en *Revista de Interpretación bíblica Latinoamericana* No. 45 (2003/2), p. 108.

³ Cf. *Ibid*; p. 108.

Sin embargo, en el ámbito poblacional, el problema más grande es la injusticia global que impide el acceso de las personas a sus derechos básicos: derecho a alimentarse, a tener agua potable; es decir, a vivir con dignidad. En consecuencia, los grandes problemas ecológicos están siempre relacionados con la pobreza de la mayoría de la población mundial⁴. La destrucción de la naturaleza hay que verla desde los pobres, porque ellos son los primeros y los más afectados y los menos responsables de la degradación de la tierra, y no desde los ricos y las empresas que lucran y contaminan la tierra y el medio ambiente.

El deterioro irreversible de nuestro planeta se debe a un modelo de desarrollo económico devastador⁵, llevado a cabo por empresas transnacionales, instituciones financieras y gobiernos que se hacen cómplices de ellas. Es un modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza, por encima de las personas, de los pueblos y del respeto racional de la naturaleza (DA, 473). Por consiguiente, se les acusa -y con justa razón- de estar cometiendo el pecado de *biocidio* (destrucción de la vida) y de *geocidio* (destrucción de la tierra)⁶.

Este modelo de desarrollo utiliza una lógica malvada que explota a las clases sociales, que somete a los pueblos a los intereses de unos pocos países ricos y poderosos, que depreda y expolia las riquezas; sin solidaridad para con el resto de la humanidad y las generaciones venideras⁷. Lo indignante es que, “en las decisiones sobre las riquezas de la biodiversidad y de la naturaleza, las poblaciones tradicionales han sido prácticamente excluidas” (DA, 84). Es por esto que la devastación de bosques y de la biodiversidad mediante una actitud depredadora y egoísta involucra la responsabilidad moral de quienes la promueven, porque, pone en peligro la vida de millones de personas y en especial el hábitat de los campesinos e indígenas, quienes son expulsados hacia las tierras de ladera y a las grandes ciudades para vivir hacinados en los cinturones de miseria” (DA, 473).

Las preguntas que nos hacemos son las siguientes: ¿qué tipo de progreso y desarrollo es éste, que promueve actividades que destruyen los bosques, erosionan las tierras fértiles, inundan las tierras bajas, obstruyen con cienos contaminados la plataforma continental de los mares costeros y empobrecen a la población? ¿Qué tipo de progreso y desarrollo es este que promueve operaciones de explotación minera que llenan de cicatrices la Tierra y esparcen residuos tóxicos por los ríos, los campos fértiles y los mares? ¿Qué clase de desarrollo es éste que induce a los agricultores a cultivar productos para la exportación, en lugar de cosechas que abastecen de alimentos a la población? ¿Qué clase de desarrollo es éste que lleva, hasta el límite, la destrucción de las zonas pantanosas donde crecen los maravillosos bosques de manglares, que muy bien pueden abastecer a pueblos enteros de alimentos básicos y combustible vegetal, construyendo en cambio criaderos de mariscos que solo sirven

⁴ Cf. *Ibid*; p. 109.

⁵ Cf. José EIZAGUIRRE. “Interpelaciones de la ecología a la Vida Religiosa”, en *Revista de Vida Religiosa* de la Conferencia Española de Religiosos, vol. 46, No. 178 (abril-junio, 2007), p. 408.

⁶ Cf. Leonardo BOFF, *op.cit.*, p. 12; ver también el artículo de Victorino Pérez Prieto: “Por una espiritualidad ecológica”, en *Revista de Vida Religiosa*, de la Conferencia Española de Religiosos, vol. 46, No. 178 (abril-junio, 2007), p. 408.

⁷ Cf. Leonardo BOFF, *op.cit.*, 12.

para satisfacer el apetito de quienes están bien alimentados? ¿Qué tipo de progreso y desarrollo es éste que ofrece puestos de trabajo en industrias tan contaminantes que, con sus actividades de hoy, envenenan las fuentes de recursos para las generaciones futuras?⁸

Han desaparecido especies de seres vivos por culpa del ser humano. Vivimos en una sociedad del consumismo y, como consecuencia, experimentamos la suciedad del consumo. El mundo actual teme perder la vida: El agua va a escasear. El globo terráqueo está enfermo; la contaminación del agua, de la tierra, del aire y, por tanto, de las personas, constituye una grave amenaza a la vida.

El profeta Oseas describe muy bien esta realidad: *“Escuchen la palabra de Yahvé, hijos de Israel, que Yahvé pone pleito a los habitantes de esta tierra, pues no hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra, sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre. Por eso la tierra está en duelo, y se marchita cuanto en ella habita: las bestias del campo y las aves del cielo; y hasta los peces del mar desaparecen”* (Os 4,1-3). Dios va a juzgar a los habitantes de la tierra. Han olvidado a Dios y han olvidado la tierra. Han profanado la tierra: ella está llena de crímenes y violencia; está en duelo. La tierra está siendo víctima del pecado del ser humano. En este mismo sentido, el profeta Isaías dice: *“La tierra está totalmente asolada, completamente saqueada, porque el Señor ha dicho estas palabras: “la tierra languidece y se marchita, está reseco y se marchita el universo, el cielo y la tierra se resecan”. La tierra ha sido profanada por sus habitantes, porque han pasado por alto la ley y desobedecido el precepto, rompiendo la alianza eterna. Por eso la maldición devora la tierra, y tienen la culpa los que habitan en ella. Por eso han sido consumidos los habitantes de la tierra, y quedan pocos del linaje humano”* (Is 24,3-6).

Constatamos que hay poca conciencia sobre la contaminación medioambiental y la depredación de los recursos naturales. No podemos negar que nos falta una cultura ecológica.

Esta realidad de descreación, de caos, de tinieblas y muerte nos interpela y exige una respuesta responsable. La Espiritualidad de la Sangre es un gran recurso que tenemos para dicha respuesta.

II. RESPUESTA A LOS CLAMORES DE NUESTRA CASA COMÚN A PARTIR DE LA ESPIRITUALIDAD DE LA SANGRE.

Podemos responder desde las cuatro dimensiones de la Espiritualidad de la Sangre de Cristo: que es 1) Sangre de la Vida, 2) Sangre de la Alianza, 3) Sangre de la Cruz, 4) Sangre de la Reconciliación y 5) Sangre de la Eucaristía.

2.1. La Sangre es vida

⁸ Cf. Sean McDonagh, *Pasión por la Tierra. La vocación cristiana de promover la justicia, la paz y la integridad de la creación*. Bilbao: Mensajero, 2000, p. 221-222.

Conviene recordar que para la Biblia la “Sangre es vida” (Lv 17,14) y ésta pertenece exclusivamente a Dios⁹. En este sentido, la Sangre es signo del Dios liberador (Ex 12,21-23) creador y dador de vida (Sl 104). En el Nuevo Testamento, Jesús es el evangelio de la vida: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). La Sangre de Cristo es su vida ofrecida (Hb 10,5-10) por la salvación de los seres humanos y de toda la Creación¹⁰.

La Sangre de la Vida es totalmente inclusiva, global y universal. No es solamente expresión de la vida humana, sino también expresión de casi todas las formas de vida en la Creación de Dios. La Sangre es **biodiversidad**, es decir, expresión de las diversas manifestaciones de la vida. Los seres humanos no somos las únicas criaturas del plan creador de Dios. No somos los únicos seres vivos. Somos los más vivos, eso sí, y los que más daño venimos causando a la Creación de Dios.

Recordemos que, por la sangre de la vida, somos invitados a tomar conciencia de que la vida –tanto la nuestra como la vida presente en la Creación –nos es dada como un Don y no como algo que nos pertenece. Somos llamados y llamadas a vivir en solidaridad con todo lo creado”¹¹. La vida es don de Dios; es sagrada e intocable y un valor no negociable.

Según Gn 1,26-27: el hombre y la mujer son creados a imagen de Dios. Allí donde está el ser humano, sea hombre o mujer, Dios quiere manifestarse como aquél que ha creado todo por amor y sabiduría continuando su acción creadora a través de las personas. Al crearnos, esta condición es para nosotros una gran dignidad entregada por Dios; pero, también es cierto que constituye una gran responsabilidad. No somos dueños de la Creación, no somos dueños de la vida creada por Dios. La Creación no está puesta a nuestro libre albedrío para que hagamos con ella lo que se nos antoje y nos parezca. Ella no está puesta a nuestra disposición como un “montón de desechos esparcidos al azar”, sino como un don del Creador y como expresión de su proyecto de amor y de vida¹².

Somos llamados y llamadas, entonces, a administrar la Creación con responsabilidad ante Dios y ante las demás criaturas. Somos responsables de cuidar y promover la vida en todas sus formas. Esto implica aprender a convivir con las otras criaturas, compartiendo el espacio de vida común para todos¹³. Los seres humanos somos una parte muy pequeña de la Creación y no estamos sobre ella, sino en ella y con ella¹⁴.

⁹ Cf. Robert SCHREITER. *En el Agua y en la Sangre. Una espiritualidad en la solidaridad y en la esperanza*. Santiago de Chile, 1988. p. 35.

¹⁰ Si adquiriésemos el hábito de sustituir mentalmente la palabra “sangre” por la expresión “vida ofrecida” muchos textos bíblicos, en vez de parecernos curiosos y hasta repugnantes, se volverían tremendamente sugestivos para nosotros.

¹¹ Cf. Birgit WEILER. *Ecología. Nuestra responsabilidad por el cuidado de la creación*. Secretariado del Apostolado Social (Roma). Lima: CEP- Instituto de Fe y Cultura de la Universidad “Antonio Ruiz de Montoya”, 2003, p. 95.

¹² Cf. Benedicto XVI, Papa. *Carta Encíclica CARITAS IN VERITATE sobre el Desarrollo Humano integral en la caridad y en la verdad*. Lima: Paulinas- Epiconsa, 2009. p. 71.

¹³ Cf. Birgit Weiler, *op.cit*; p. 95-99.

¹⁴ Cf. Sean McDonagh, *op. cit*, p. 189.

Estamos llamados a ser “jardineros” de la Creación. El Génesis nos dice: “Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrara y cuidara” (Gn 2,15). La palabra *Abad*, en hebreo, significa trabajar, labrar la tierra y servir; y la palabra *shamar* significa: cuidar, proteger y conservar íntegramente¹⁵. Además, este pasaje bíblico expresa claramente la unión íntima del ser humano con la tierra al afirmar que el ser humano (*adam*) es formado de la tierra (*adamah* – Gn 2,7). Dios hizo al terreno de la tierra, hizo al ser humano del humus. Somos, pues, parte de esta gran trama de la vida que es la naturaleza. De esta situación se deriva nuestra vocación para “cultivar y cuidar el jardín del Edén” (Gn 2,15)¹⁶, o sea, la creación de Dios.

2.2. La Sangre de la Alianza.

La Sangre de la Alianza, según el Antiguo Testamento, contiene y expresa el proyecto de Dios: que es solidaridad, comunión, inclusión, conexión verdadera (cf. Ex 24,4-7; cf. Hb 9,18-21), compromiso de Dios con la tierra y todas las formas de vida creadas por él (cf. Gn 9,11-17) y esperanza en un futuro mejor (cf. Jr 31,17). Dios hace alianza con toda la humanidad, es decir, con todos los hombres y mujeres del presente y del futuro, pero también con la creación y con todas las formas de vida que hay en la tierra. Dios dijo a Noé: “Pongo mi arco en las nubes, que servirá de señal de la alianza entre mí y la tierra [...] Pues en cuanto esté el arco iris en las nubes, yo lo veré para recordar la alianza perpetua entre Dios y todo ser vivo, toda la vida que existe sobre la tierra” (Gn 9,16). Esta alianza era prefigura, anticipo y promesa (cf. Jr 31,31-34) de la nueva y eterna alianza, sellada con la Sangre preciosa de Cristo (cf. Lc 22,20; cf. Hb 9,24-28). La nueva y eterna alianza constituye el proyecto de fraternidad universal de Dios, donde ninguna forma de vida queda excluida.

2.3. La Sangre de la cruz de Cristo.

Por una parte, la Sangre de la cruz es expresión de la persecución, de la violencia, del dolor y de la muerte de Jesús, el Hijo de Dios, víctima inocente e, injustamente, crucificado. De esta manera, la Sangre de la cruz se convierte en clamor, denuncia, desenmascaramiento de la violencia y de la injusticia.

Por otro lado, la Sangre de la cruz es el transbordamiento del amor de Dios, para dar vida al mundo. El Padre Dios estaba presente en la muerte de su Hijo. Al darnos a su Hijo querido, el Padre nos muestra la importancia que la creación y los seres humanos tenemos para él. El Padre, no sólo nos da a su Hijo, sino que en su Hijo, se nos da él mismo a nosotros. De esta manera, el dolor de la humanidad y de la Creación entera, fue asumido por la pasión y cruz de Cristo; Dios asume el dolor de la humanidad y de la creación para redimirlo. Todo lo que afecta a la Creación y al ser humano, afecta a Dios. Esta es la elocuente solidaridad de Dios con todas las formas de vida creadas por él.

Así, la Sangre de la cruz nos sitúa en los límites entre la vida y la muerte (cf. Ex 12,7.13). Obviamente, nos coloca del lado de la vida. Nos coloca ahí donde la tierra está siendo

¹⁵ Cf. *Ibid*, p. 189.

¹⁶ Cf. Birgit Weiler, *op.cit*; p. 99.

amenazada, herida, depredada, contaminada, desolada. En este sentido, la Sangre de la cruz es fortaleza, coraje, resistencia y fidelidad en el cuidado de la Creación. La Sangre de la cruz nos capacita para sentir y percibir el dolor de la Creación. Si todo lo que afecta a la Creación, afecta a Dios, entonces, debería afectarnos a nosotros también.

La Sangre de la cruz desenmascara y pone en evidencia los sufrimientos inflingidos a la creación de Dios. Pero también significa el dolor y el sufrimiento de los pobres, de los indígenas y campesinos que son despojados de sus tierras, que sufren la contaminación y la exclusión. Significa también el dolor y sufrimiento de todos aquellos y aquellas que defienden y cuidan la creación de Dios, que denuncian a los depredadores y enemigos de la creación de Dios.

La Sangre de la cruz implica renunciaciones necesarias y el uso equilibrado de los bienes de la creación; implica vivir con lo estrictamente necesario, renunciando a muchas cosas que no son imprescindibles. Nos libera del derroche consumista y la explotación ilimitada de los recursos que Dios ha creado para todos.

La Sangre de la cruz es Sangre del rescate (1 Ped 1,18-20). Jesús da su vida como rescate de todas las formas de vida creadas por Dios. La tierra y los pobres necesitan ser rescatados. La Sangre de la cruz de Cristo se coloca en la perspectiva del **Goél**¹⁷: Jesús ha venido a dar su vida como rescate en beneficio de muchos, o sea, de todos (cf. Mc 10,45b). Entre estos muchos está la creación y todas las formas de vida creadas por Dios.

2.4. La Sangre de la Reconciliación.

Cuando hablamos de reconciliación, estamos hablando de relaciones (cf. Ef 2, 11-20). El ser humano en la Biblia, es visto como un ser de relaciones: relación filial con Dios; relación de igualdad y fraternidad con las demás personas; relación consigo mismo (en un clima de libertad y armonía interior); relación justa y respetuosa con la Creación. Este es el proyecto de Dios para la humanidad. Cuando los seres humanos vivimos estas cuatro relaciones en forma armoniosa la vida es un paraíso.

Por el pecado del ser humano, hombre y mujer, se rompieron las cuatro relaciones. El ser humano **rompió la relación con Dios**: no aceptó ser hijo de Dios, sino que quiso ser como Dios. Dios dejó de ser Padre y fue convertido en un rival por el ser humano.

Se **rompió la relación con los demás**. El deseo de ser como Dios lleva al ser humano a romper las relaciones de fraternidad e igualdad, convirtiéndolas en relaciones de desigualdad y dominación, de rivalidad y competencia. Así, el ser humano somete, se impone, desprecia y excluye a los otros seres humanos. Actúa con un complejo de superioridad y de soberbia.

Se rompió **la relación con la Creación de Dios, con la naturaleza**. El ser humano, en su deseo de ser Dios, hace con la naturaleza lo que le da la gana. De señor de la Creación se convirtió

¹⁷ Cf. El tema del rescate y *goelazgo* es desarrollado ampliamente en la *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamérica* No. 18 (1994).

en un tirano, en un déspota, en un depredador de la Creación. Esa relación justa, respetuosa y recíproca con la Creación, se convierte en una relación injusta, irrespetuosa, tirana, explotadora, esclavizante, irresponsable y destructora de la Creación.

El ser humano se olvida que él es creación y parte de la misma Creación. Dios nos ha creado a su imagen y semejanza, pero también nos ha hecho semejantes a otras criaturas con las que compartimos su patrimonio genético; no hay en nosotros un solo elemento químico que no se encuentre en el cosmos. La tierra es primaria y los seres humanos somos derivados de ella; sin embargo, el ser humano ha inventado lo contrario, es decir: los seres humanos son primarios, mientras que la Tierra y su funcionamiento integral sólo pueden ser secundarios¹⁸.

Se rompió la **relación del ser humano consigo mismo**. El ser humano en su deseo de ser Dios perdió su libertad y su identidad; pues, ese deseo de ser Dios lo lleva a querer ser lo que no es, haciéndose esclavo de sí mismo, perdiendo su armonía interior y el orden en su vida. De esta manera, perdió su inocencia e identidad; y la vida, que era un paraíso, se convirtió en caos, desorden, lucha y muerte.

La Creación y el Medio Ambiente necesitan ser reconciliados, debido a que están siendo agredidos, maltratados, heridos, dañados y esclavizados por nosotros, los seres humanos. Estamos volviendo al caos, al desorden, a las tinieblas y a la muerte por el pecado del ser humano (Gn 1,2). Es muy actual lo que nos dice Pablo: *“La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto”* (Rm 8,20-22).

En la Reconciliación, hay un agresor (quien inflige sufrimiento) y una víctima, que es agredida y maltratada. Podemos trasladar esta situación al plano de la relación del ser humano con la Creación. En este ámbito, el agresor es el ser humano y la víctima es la Creación y Medio Ambiente, creados por Dios.

La Sangre de la Reconciliación es la obra de Dios en Cristo: *“Porque en Cristo estaba Dios reconciliando el mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación”* (2 Cor 5,19); la reconciliación es una nueva creación (cf. 2 Cor 5,17), e implica la construcción de relaciones nuevas, auténticas y justas con la Creación. Tenemos que pasar del uso y abuso al uso racional y justo de los bienes que Dios ha creado para todos.

Se trata de establecer una relación equilibrada con la Creación conservando las diferentes especies de vida; para lo cual, es necesario crear una relación sana entre el ser humano y la creación, el Medio Ambiente y los recursos naturales. Desde la Sangre de la Reconciliación podemos contribuir para que toda la Creación se transforme en nueva Creación, es decir, en ese nuevo orden de cosas que el Hijo de Dios vino a establecer con su Sangre preciosa. No se trata de cualquier orden, porque hay formas de orden que reprimen y amenazan la vida, que

¹⁸ Cf. Sean McDonagh, *op. cit.*, p. 204.

son caos, tinieblas y muerte. Por el contrario, se trata más bien de ese orden querido por Dios, que es cosmos, que es espacio donde la vida, en todas sus formas, pueda generarse y desplegarse con libertad¹⁹

2.5. La Sangre de la Eucaristía: sacramento cósmico y ecológico.

En la Eucaristía, el pan no es solamente pan, ni el vino es solamente vino, sino que son fruto de una serie de *mediaciones necesarias* y de una serie de *relaciones sociales*²⁰. El pan y el vino nos ponen en comunión con toda la Creación, con la humanidad y con la historia. Son sacramentos de la presencia de Jesús Resucitado en el mundo, abarcado por él. No es la Creación que abarca al Resucitado, sino el Resucitado que abarca a la Creación con su presencia. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice: “en el vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28). La historia personal y social como también la Creación, son asumidas por el Resucitado. *Jesús es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles [...] todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia*” (Col 1,15-17).

La Sangre de la Eucaristía es expresión y transformación del mundo. Recordemos la oración de presentación de ofrendas: “*Bendito seas, Señor Dios del Universo, por el pan y por el vino que recibimos de tu generosidad, fruto de la tierra y de la vid y del trabajo del hombre y de la mujer, de la ciudad y del campo, que ahora te presentamos, y se convertirá para nosotros en pan de vida y en cáliz de salvación*”. ¿De dónde viene el pan y el vino eucarísticos? El pan y el vino son fruto de la tierra. Proviene del cosmos, de la Creación de Dios. La eucaristía se hace a partir de los elementos cósmicos, que son: la tierra, las semillas, los frutos, el agua, el aire, el sol. Sin estos elementos cósmicos no hay eucaristía. Si depredamos la Creación y contaminamos el Medio Ambiente, no habrá eucaristía.

Por otra parte, el pan y el vino son fruto del trabajo de hombres y mujeres del campo y de la ciudad. La sangre eucarística tiene que ver con la vida, la alegría, la esperanza; pero, sobre todo, con el sudor y los sufrimientos de los trabajadores (as); tiene que ver con la acumulación de los recursos y las injusticias que se cometen contra ellos y contra la Creación misma. El vino que se convierte en la Sangre de Cristo, a veces, es más una expresión del dolor, del sufrimiento de los trabajadores (as); pero también es dolor, sufrimiento y destrucción de la Creación. Según la Espiritualidad de la Sangre, a veces es más copa de sufrimiento que copa de bendición²¹.

Definitivamente, el pan y el vino son la materia prima de la eucaristía que es el sacramento de la Creación de Dios, de comunión con ella y, también, sacramento de la vida y del trabajo de tantos hombres y mujeres; de niños y jornaleros que entregan sus vidas, su sudor, sus sufrimientos, sus alegrías y esperanzas, para que el mundo pueda tener el cuerpo y la sangre

¹⁹ Cf. Birgit WEILER, *op.cit.*, p. 96.

²⁰ Cf. Benedito FERRARO. “Eucaristía: fuente de la misión y vida solidaria”, *Revista Vida Pastoral* 222 (Enero /Febrero, 2002) 14-17. San Pablo (Brasil): Paulus, 2002.

²¹ Cf. Robert SCHREITER; *op.cit.*; p. 76-87.

de Cristo que es alimento y bebida de salvación para todos. La Eucaristía está en relación con la ecología, con el cuidado de la tierra y el agua, de las cuales brota el pan y el vino para la vida de los seres humanos.

En la Eucaristía el Señor Jesús quiere cambiar el mundo cuando se lo ofrecemos, pero desde luego quiere cambiarnos cuando nos ofrecemos y nos comprometemos con él. En la eucaristía somos transformados y transustanciados para transformar el mundo según el designio de Dios Creador de la Vida para todos (as).

III. LA SANGRE NOS LLAMA Y ENVÍA A CUIDAR LA CREACIÓN.

Decíamos al comienzo que la ecología es un nuevo e imperioso signo de los tiempos que tenemos que reconocer, que tenemos que escuchar y responder y, por lo tanto, constituye un nuevo terreno de misión para nosotros, para nuestra Iglesia. Debemos dedicarnos en cuerpo y alma al cuidado de la Creación. Ella debe situarse en el corazón de la misión de nuestras Congregaciones y comunidades. Necesitamos hacer una opción preferencial por la Creación. La mayor necesidad que existe hoy en el mundo es hacer posible la vida sobre el planeta para nosotros y para las próximas generaciones y, sobre todo, para los más pobres que son los que más están sufriendo las consecuencias del deterioro medioambiental²².

Es urgente el cambio de paradigma. Tenemos que pasar del *antropocentrismo* exacerbado al *cosmocentrismo*. El antropocentrismo es el paradigma de la modernidad y es la causa del desastre ecológico actual, porque, se ha llegado a pensar que todo está centrado en el señorío del ser humano; lo cual le daría derecho y poder para hacer con la creación lo que le viene en gana²³. En pocas palabras, el antropocentrismo afirma: *La Tierra es una abundancia a ser dominada y explotada a favor de los seres humanos*. Pero, esta manera de pensar necesita una total revisión y más bien debería ser expresada de la siguiente manera: *La Tierra es la casa común de todos los seres vivos y del propio Dios y cada uno tiene unas responsabilidades en el cuidado de ella*²⁴. Estamos llamados a cambiar la mirada arrogante, en una “mirada amorosa”, para asumir una “conversión ecológica”, en nuestras actitudes y en nuestro comportamiento para con la tierra. La espiritualidad de la Sangre tiene que dar su contribución y llevarnos a hacer reverdecer la Creación. Tiene que ser Buena Noticia de liberación y plenitud para toda la Creación.

Para encontrar la espiritualidad de color verde necesitamos superar el antropocéntrico a ultranza, que colocó al ser humano, y no a Dios, en el centro del universo. Si nos remontamos a las raíces de la crisis ecológica, constatamos que la religión cristiana y otras religiones tienen gran parte de responsabilidad. La religión ha sido, muchas veces, cómplice de la explotación indiscriminada y de la contaminación de la tierra. Hay responsabilidad no sólo por haber interpretado mal el mandato de Dios: “*Sean fecundos y multiplíquense, y llenen la tierra y sométanla...*” (Gn 1,28), sino también por haber propuesto una espiritualidad

²² Cf. José EIZAGUIRRE, *op.cit.*, p. 383.

²³ Cf. Victorino PÉREZ PRIETO; *op.cit.*, p. 409.

²⁴ Cf. Aroldo Reimer; *op. cit.*, p. 109.

dualista, a través de la cual se pretende salvar la dimensión espiritual en detrimento y desprecio de la dimensión material e histórica.

Necesitamos crear una conciencia y una cultura ecológica para hacer un mundo habitable para la generación presente y para las generaciones futuras. La evangelización, la educación, la pastoral, toda la práctica y misión de la Iglesia tienen que orientarse en este sentido. Tenemos que revisar nuestros comportamientos individuales y domésticos.

Así como debe ser importante nuestra participación ciudadana y política, apoyando como ciudadanos y como comunidades los programas y acciones que defiendan el medio Ambiente, los Derechos Humanos y el comercio justo. Esta posición tiene que ir de la mano con la formación de una seria actitud de denuncia a las políticas que se opongan a ello. En el ámbito de la educación tenemos el gran reto de educar a los niños y adolescentes en un estilo de vida anti-consumista y de respeto a la Creación. Un estilo de vida que sea sobrio, justo, honrado y religioso²⁵; que amen la Creación y se sientan parte de ella.

La ecología exige una relación justa con los demás. Esta relación implica: limpieza, orden, respeto, justicia, comunión con el otro, con la creación y el medio ambiente. Debemos educar y evangelizar para restablecer el orden y la armonía queridos por Dios. Preocuparnos no sólo por la ecología humana, sino por la ecología cósmica y social. La ecología es preocupación por los demás, especialmente por los más pobres y excluidos. El clamor de la tierra está relacionado con el clamor del pobre y oprimido²⁶. Una espiritualidad de la sangre, para que sea ecológica, debe tener como referencia lo cotidiano de las personas pobres, excluidas y marginadas; debe ser promotora de una efectiva integración e inserción de ellas dentro de la casa común y todas sus relaciones posibles. La Espiritualidad de la Sangre es alianza, inclusión, reconciliación, verdad, justicia, igualdad, solidaridad y comunión.

Defender el plantea, desde la Espiritualidad de la Sangre, implica responsabilidad y reciprocidad con la creación y con la generación presente y las generaciones que vendrán. Tenemos que dejarles un mundo habitable y con una forma de vida sostenible. No es justo dejarles una creación sucia, degradada, contaminada. Tenemos la responsabilidad de dejar limpio y sano este mundo para que los que vengan vivan bien. Nuestra misión es sembrar vida para las generaciones del futuro. *“Buscar un modelo de desarrollo alternativo, integral y solidario, basado en una ética que incluya la responsabilidad por una auténtica ecología natural y humana, que se fundamenta en el evangelio de la justicia, la solidaridad y el destino universal de los bienes, y que supere la lógica utilitarista e individualista, que no somete a criterios éticos los poderes económicos y tecnológicos”* (DA, 474c).

Evidentemente, no podemos permitir que la vida se desgaste y se acabe. No podemos permitir que las diversas especies se extingan. Tenemos que buscar un equilibrio en el uso de los bienes de la creación, llevando una vida lo suficientemente sobria para que sea un testimonio de vida irrefutablemente anticonsumista²⁷. Así, por ejemplo, la anchoveta, que es

²⁵ Cf. José EIZAGUIRRE, Interpelaciones de la Ecología a la Vida Religiosa, en *Revista de Vida Religiosa de la Conferencia de Religiosos*, Volumen 46, No. 178 (abril-junio, 2007), 393.

²⁶ Cf. Leonardo BOFF, *op.cit.*, p. 11-12.

²⁷ Cf. José EIZAGUIRRE, *op.cit.*, p. 392-393.

un pescado peruano, debe ser consumida en forma equilibrada y sobria, pero si la depredamos, se va a extinguir y va desaparecer. De igual manera, si nos comemos todos los cuyes y no mantenemos el equilibrio ecológico, se van a extinguir. Por eso, es fundamental y urgente respetar el equilibrio ecológico inherente a la creación misma²⁸ y debe ser la consigna de alerta hoy mismo.

CONCLUSIÓN

Finalmente, la Espiritualidad de la Sangre nos obliga a repensar a Dios: ¿qué imagen de Dios tenemos y anunciamos? Nos obliga a repensar el hombre: ¿qué imagen de ser humano maneja? Nos invita a repensar el mundo y la naturaleza: ¿es, simplemente, un objeto de manipulación? Tenemos que repensar la sociedad: ¿cuál es la sociedad que Dios quiere? Una ecología sostenible implica necesariamente una sociedad sostenible. El cambio ecológico requiere de un cambio social. No podemos desligar ecología y humanidad. Necesitamos repensar la Iglesia: una Iglesia comprometida con qué y con quiénes? Necesitamos repensar la misión de nuestras Congregaciones y comunidades cristianas.

Necesitamos aprender ha experimentar a Dios en la Creación. La tierra no se puede profanar. Dios habita en la tierra. Ella es sacramento de Dios: ella nos habla de Dios. Para escuchar a Dios en la Creación, necesitamos hacer una experiencia espiritual: aprender a sentir y percibir el dolor de la Creación. Todo lo que afecta a la Creación, afecta a Dios. Pues todo lo que afecta a la Creación, debe afectar también a nosotros. Ser imagen y semejanza de Dios significa una tarea, una responsabilidad y un compromiso ineludible de cuidar la creación de Dios por parte de nosotros, los seres humanos. Se es imagen de Dios por lo que hay que hacer más que por lo que se es. Compartimos con Dios una preocupación y una tarea: que la tierra no vuelva al caos y al desorden, sino que llegue a su plenitud.

El planeta tierra, la vida en sus diversas formas, los pobres y los excluidos necesitan ser rescatados por la Sangre de Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cf. Jn 1,29.35). Dar respuesta al grito de la tierra y al grito de los pobres es fundamental para los discípulos (as) y misioneros (as) de Jesucristo. Con la Sangre del Cordero degollado y Resucitado ha comenzado el cielo nuevo y la tierra nueva (Ap 21,1); en otras palabras, es la nueva creación y el nuevo orden social que ha comenzado con la preciosa Sangre de Cristo.

Nos dice el Apocalipsis: *“Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva – porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios....Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado”* (Ap 21,1-4).

²⁸ Cf. Papa Benedicto XVI, *op.cit.*, p. 71.